

**NGO VAN**

**Utopía antigua y revueltas  
campesinas en China**





La encina que no quiere morir

Ngo Van

## Acerca del autor

NGO VAN XUYET (Tan-lo, 1913 - París, 2005)

*El presente libro, Utopía antigua y revueltas campesinas en China, es el último libro de Van; poco después de escribirlo moría en París al empezar el año 2005. Su vida se apagó, y su saber y su rebelión aún nos contagian. Para nosotros Van no sólo era el vietnamita militante contra la opresión colonial y estalinista en su país y autor de una obra imprescindible sobre el Vietnam desde los años 20 hasta hoy, sino el amigo con el que compartimos ideas y emociones.*

*Su relación con Barcelona fue escasa pero intensa. En Barcelona, Van, se sabía en casa: sabía que aquí, en los años 1936 y 1937, una misma lucha es la que se llevó a cabo también contra los dos frentes, contra el fascismo y contra el estalinismo, como en su casa contra el colonialismo francés y contra el estalinismo; sabía que aquí los revolucionarios no se dejaron encerrar en el antifascismo igual que tampoco ellos, en Vietnam, se dejaron encerrar en el anticolonialismo.*

*Ngo Van nació en 1913 en Tan Lo, aldea situada en el delta del Mekong, último hijo de una numerosa familia de pequeños campesinos. En 1926 se traslada a Saigón, y empieza a trabajar. Pronto se enfrenta a la opresión social y colonial que vive Cochinchina en aquellos años, y se adhiere a la Oposición de Izquierda Comunista, de orientación trotskista. Detenido varias veces y torturado por la policía colonial francesa, es igualmente perseguido por el partido de Ho Chi Minh, por oponerse a la línea de Moscú. En 1937, había publicado un opúsculo sobre los procesos de Moscú en 1936. En 1948, logra escapar y llega a Francia. La mayor parte de sus compañeros de lucha son ejecutados por el partido de Ho Chi Minh.*

*Ya en Francia, trabaja como obrero electricista en Jeumont-Schneider, donde encuentra a otros obreros procedentes de otros frentes, entre ellos a Paco Gómez, del POUM en la guerra civil y la revolución española. Milita en distintos grupos comunistas antiestalinistas. En la Union Obrera Internacional, escisión del partido internacionalista, trotskista, junto a Edgard Petsche, Sania Gontanbert, Lambert Dornier, Sophie Moen, Benjamin Péret, Agustín Rodríguez, Jaime Fernández, Paco Gómez, Munis, Lu Sanh Hanh, Phuc. Conoce a Sophie Moen, con la que compartirá su vida hasta la muerte de ésta. Conoce a Rubel, con el que traba una intensa y larga amistad: a su muerte (1996) le homenajeará con un libro, Maximilien Rubel, une amitié, une lutte 1954-1996. A partir de 1958 animan el Grupo comunista de los consejos, que colabora con ICO (Information et correspondance ouvrière), el grupo que fundara Henri Simon a su salida de Socialisme ou barbarie.*

*Van, entre trabajo y militancia tiene tiempo para estudiar e investigar sobre China, y en 1976 publica en PUF, Divination, magie et politique en Chine ancienne, historia no oficial de las artes esotéricas, -de los fang-che, inconformistas que rechazaban la función pública- y sus implicaciones con el poder. Ya jubilado en 1978, Van trabaja en lo que será una obra indispensable para conocer la historia del Vietnam desde los años 20 hasta 1945, Viêt-nam 1920-1945, révolution et contra-révolution sous la domination coloniale que edita en L'Insomniaque en 1995. Libro que él mismo reescribe en vietnamita para llevarlo a su país. En el año 2000, en la misma editorial, publica sus memorias sobre este mismo período, hasta su llegada a Francia, Au Pays de la Cloche Fêlée, tribulations d'un cochinchinois à l'époque coloniale. Al año siguiente publica, junto a Hélène Fleury, Contes d'autrefois du Viêt-nam. Ambos libros traducidos al castellano: Memoria escueta. De Cochinchina a Vietnam, y Cuentos populares del Vietnam. Octaedro, 2004. Antes de morir todavía pudo acabar la segunda parte de su fresco histórico sobre Vietnam Le Jouer de flûte et l'oncle HO, y escribir Utopie antique et guerre des paysans en Chine, el libro que ahora presentamos.*

Igual que Joseph Déjacque en su *L'humanisphère, Utopie anarchique* (1857), entendemos por utopía el sueño no realizado pero no irrealizable. La utopía, que ha sido con demasiada frecuencia concebida y analizada como un fenómeno propio únicamente de Occidente, forma parte de la historia profunda de China. Aparecen los mismos sueños y aspiraciones, las mismas tentativas llenas de fervor poético de alcanzar el cielo. La utopía china, marcada a la vez por el misticismo y la superación de éste en la práctica de la vida y el combate terrestre, es la misma utopía que encontramos en las revueltas campesinas que sacudieron el mundo occidental, ya sea con Thomas Müntzer en Alemania o con los diggers y los niveladores en Inglaterra, para mencionar sólo las más emblemáticas. Es como si todas estas revueltas, sin confundirse, se expandieran a través del espacio y del tiempo, alimentando el fuego de la subversión y de la esperanza por todo el planeta.

He aquí un texto de *Lie tseu*, maestro de la escuela taoísta representativa de la utopía antigua:

### **Ni rey ni siervo**

Yu (el rey legendario de los Hia), andaba habilitando la tierra y las aguas, cuando se extravió. Llegó a un país llamado Tchongpei (Extremo-Norte), al norte del Mar Septentrional, alejado de los distritos de Ts'i no se sabe de cuántos millones de ly, No se conocen los límites de este país. En él, ni llueve ni hace viento. Ni hiela ni rocía. Tampoco hay pájaros, ni cuadrúpedos, ni insectos, ni peces, ni vegetación. Una llanura escarpada lo rodea. En el centro de este territorio se levanta una montaña

en forma de jarra llamada Huling. En su cima, de un orificio en forma de anillo redondo llamado Tsehiue (Fosa Sabrosa), brota un líquido llamado Chenfen (Fuente Divina) de un perfume más penetrante que el de la orquídea o la pimienta, y de un gusto que sobrepasa el de los licores *lao* y *li*. La fuente se vierte en cuatro riachuelos hacia abajo de la montaña atravesando y regando todo el país. Los hombres, de carácter amable, ignoran rivalidad o disputa. Su alma es buena, su cuerpo es flexible, y orgullo y envidia les son desconocidos. Viejos y jóvenes permanecen juntos, no hay ni rey ni siervo. Hombres y mujeres se unen libremente sin intromisiones ni peticiones de matrimonio. Viven en la orilla del río, no labran ni siegan. El aire que corre es cálido y agradable, ni tejen ni se visten. Mueren a los cien años. No existe muerte prematura ni enfermedad. La población se multiplica innumerablemente. Todos viven felices, no conocen ni la degeneración de la vejez ni la aflicción del duelo. Son amantes de la música y, cogiéndose de las manos, alternan cantos hasta el final del día. Cuando el cansancio les invade sacian su sed en la Fuente Divina y vuelven a encontrar el equilibrio de su fuerza y de su espíritu. Cuando beben demasiado, ebrios, no se despiertan hasta diez días más tarde. Cuando se bañan en esta Fuente Divina su piel se vuelve untuosa y el perfume no desaparece hasta al cabo de diez días.

Este texto de *Lie tseu* describe una comunidad imaginaria, reminiscencia de la comunidad campesina arcaica, precedente del inicio legendario de la organización de la China primitiva. Expresa el sueño común de los campesinos-siervos aplastados: la ausencia absoluta de todo poder sobre sus



cabezas, quedar liberados del trabajo, la aspiración a una vida larga y feliz, el deseo de la unión libre entre hombres y mujeres, y, por fin, escapar a la masacre perpetua de la muerte bajo la autoridad de los señores feudales de la época.

El autor, Lie tseu, uno de los maestros de la escuela del *Tao*, o *Dao* (*Daokia*, taoísmo), nacido hacia el año 450 a.C. (periodo de los Reinos Combatientes), llevaba una vida oculta entre los hombres comunes y subsistía gracias a la ayuda de sus discípulos.

El pensamiento taoísta, arraigado en el suelo campesino, se encarnará, en el siglo II d.C., en la formidable revuelta campesina que contribuyó a la caída del imperio de los Segundos Han (25-220).

### **La plebe campesina en la sociedad feudal arcaica**

En el primer milenio a.C., la sociedad feudal arcaica se divide *grosso modo* en dos clases principales: arriba, la aristocracia; abajo, la plebe campesina. Nobles y patricios, poseedores del poder y dueños de la tierra, dominan y explotan a los campesinos. Las relaciones entre los nobles están regidas por los ritos; la vida de los campesinos está pautada por las costumbres.

Los campesinos trabajan como siervos, granjeros o trabajadores agrícolas, y los frutos de su trabajo llenan los graneros de los nobles. Otros *sin-tierra* y esclavos a causa de las deudas trabajan en las minas, en las fundiciones de hierro, en las salinas y en los talleres artesanos que pertenecen a los señores feudales o a ricos comerciantes.

En tiempos de paz, para mantener a los “hombres superiores” (*kiuntseu*, hijo de príncipe), la “gente sencilla” (*siaojen*) trabaja y muere de hambre, y teje sin tener con qué vestirse. “El príncipe se come sus impuestos, los grandes oficiales se comen sus feudos, los patricios se comen sus

dominios, los plebeyos se comen su fuerza de trabajo, los artesanos y los comerciantes se comen los precios fijados por el Estado, los funcionarios se comen sus funciones, los administradores se comen sus patrimonios; el gobierno está en orden, el pueblo está en paz...” dice el Discurso sobre los Reinos (*Kouo Yu*, s.I).

Y, durante las guerras encarnizadas entre feudales por la conquista de territorios y por la hegemonía, los plebeyos constituyen la infantería y mueren en masa.

En medio de todo este desorden y de los disturbios sociales en los Reinos Combatientes (500-222 a.C.), aparecieron las “Cien Escuelas” de pensamiento entre los letrados (*che*, patricios), pensadores en busca del “camino para restablecer la paz bajo el cielo”. Pero el desmembramiento de las Cortes Reales, la caída de las Casas del Príncipe y de las Casas Señoriales acaban por dispersarlas entre el pueblo. De entre estos letrados sumergidos en la pobreza, unos subsisten enseñando en privado, otros intentan ser empleados por los señores feudales aún poderosos como consejeros políticos, especialistas de varias artes y técnicas o practicantes de artes esotéricas.

El mismo Confucio, para subsistir, se hizo consejero de una Corte a otra. Lao tseu, su antagonista, inspirador de los taoístas, fue archivista en la Corte de Tcheu.

De entre estas escuelas, la escuela taoísta refleja el pensamiento de los plebeyos campesinos.

### **La escuela del Tao de Lao tseu**

Esta escuela del Tao se opone a la escuela tradicionalista de Confucio, que es el fundamento ideológico de las clases dominantes feudales (del orden feudal ideal, regido por los ritos). La escuela confucianita enseña las reglas de conveniencia en las relaciones fundamentales entre rey y siervo, padre e hijo, marido y mujer, hermano y hermana, siguiendo las cinco virtudes cardinales: lealtad y piedad filial, equidad, urbanidad,



sensatez y confianza, a las cuales se añaden la estricta separación de los sexos, así como la conducta adecuada al escalón social al que se pertenece.

Los taoístas, a disgusto en un mundo en perdición, llevan una vida de ermitaños o viven reclutados en el seno de la plebe campesina. Su ideal es el retorno a la naturaleza, la simplicidad primitiva, la vida natural, espontánea, libre y alegre, desprovista de toda convención, sin ley ni moral. Esta filosofía taoísta deriva de las antiguas prácticas mágico-religiosas heredadas de los chamanes de la más remota antigüedad y arraigadas en el suelo campesino. La palabra *Tao* o *Dao* significa corrientemente la religión, el Camino; *Dao Lao*, la religión de Lao tseu, y *Dao làm ngua*, el Camino para ser hombre. El *Tao* como principio inmanente de la naturaleza y del movimiento cósmico sugiere la idea de una potencia en marcha, del incesante devenir universal. Sus discípulos predicán el no-actuar (*wuwei*), la no-intervención del hombre en el universo natural y humano, el regreso a la espontaneidad y a la simplicidad primitiva, a la vida en pequeñas comunidades autónomas, donde

Si existieran barcos o carrozas, el pueblo no se subiría en ellos; si existieran escudos y lanzas, no los llevaría. El pueblo se alimenta con sabor, se viste con elegancia, se siente bien en su hogar, goza de sus simples costumbres. Las comunidades vecinas se miran desde lejos; escuchan cantar al gallo, ladrar al perro, pero sin ir hasta allí. Y esto hasta la muerte (*Taoteking*)

Al contrario de los confucianitas, que se abandonan al destino dictado por el Cielo (*t'ien ming*), los taoístas dirigen su vida siguiendo el lema “Mi destino depende de mí mismo y no del Cielo” (*Wo ming tsai wo pu tsai t'ien*, Pao Pu Tseu). “La desgracia no está en las estrellas, sino en nuestras almas prosternadas”, escribía Shakespeare, en *Julio Cesar*.

De esta corriente antifeudal y antitradicionalista nos quedan tres selecciones de sentencias: el *Taoteking*, atribuido a Lao tseu (570-490), el *Lie tseu* (450), citado al principio de este estudio, y el *Tchurang tseu*, obra de Tchurang Tcheu (370-300). Estos pensadores vivían fuera de cualquier función pública, en la oscuridad y la pobreza. Enclaustrados y sustrayéndose al condicionamiento social y material, intentaban escapar a la enfermedad, al envejecimiento y a la muerte. Cultivaban el arte de larga vida, para “alimentar el principio vital”, siguiendo las disciplinas respiratorias, dietéticas y alquímicas, practicando “el arte del dormitorio” y ejecutando ejercicios físicos que imitaban los juegos y las danzas de los animales. También acostumbraban a abstraerse del mundo para desarrollarse libremente en los viajes extáticos.

Por último, los taoístas se oponen igualmente a la escuela de las Leyes (legismo, *fakia*), preeminente bajo el Primer Imperio (221-207). Los legistas condenan las tradiciones feudales y los antiguos métodos de gobierno, y proclaman la necesidad de la ley draconiana igual para todos, sin distinción entre próximos o extranjeros, nobles o villanos, así como la aplicación imparcial de penas y recompensas, bajo la autoridad de un soberano sabio, dueño absoluto del Estado. El señor de Ts'in consigue destruir los seis reinos y el conjunto de señoríos y, en el año 221 a.C, bajo la influencia de los legistas, funda el Primer Imperio y se proclama Primer Emperador, Ts'in Cheuang. El imperio centralizado funciona con una burocracia compleja, comporta 36 provincias regidas cada una por un administrador civil y un gobernador militar. Las instituciones totalitarias (responsabilidad colectiva y denuncia obligatoria de los delitos en el interior de los grupos de familias) sustituyen los ritos y la moral de antaño. Los letrados confucianistas que propagan su doctrina son condenados a muerte. Se queman los libros clásicos, las obras de las “Cien Escuelas” (excepto los libros de medicina, de agricultura y de

adivinación), y aquellos que intentan evitarlo son castigados con trabajos forzados.

Bajo el Primer Imperio, a la plebe campesina, antiguamente unida a los feudos destruidos, se le asignan las tierras que cultiva pagando una tasa con una parte de la cosecha, los impuestos de la paja y el heno y un tributo por cabeza. Las faenas ligadas a las gigantescas construcciones (palacios del emperador, carreteras y canales a través del Imperio, la Gran Muralla y el mausoleo del emperador...) y el alistamiento para las operaciones militares de conquista de tierras lejanas, agravan extremadamente la condición campesina.

### **La revuelta campesina del s. I a.C. al s. II d.C.**

Tras la muerte del tirano, el levantamiento de los antiguos señores feudales junto a las insurrecciones campesinas generalizadas de los años 209-207 puso fin al Primer Imperio.

Un antiguo gendarme de los Ts'in, Liou Pang, al mando de los campesinos, salió victorioso de aquel embrollo de masacres, se proclamó emperador y fundó la dinastía de los Primeros Han (206 a.C.-8 d.C.). Los miembros de la familia imperial recibieron patrimonios hereditarios, que se convirtieron en reinos y condados. El nuevo Imperio conservó básicamente la estructura política y administrativa del Imperio caído. Como siempre, el trabajo campesino constituía la fuente de vida de los señores feudales, de la aristocracia terrateniente y de los comerciantes. El trabajo de los payeses mantenía también a los letrados-funcionarios y a las tropas.

A finales de la dinastía de los Primeros Han, en los años en que las sequías y las inundaciones hacían estragos, los campesinos aplastados por la intolerable explotación de los propietarios, hambrientos, se hacían nómadas y subsistían gracias a los saqueos. Los casos de canibalismo no eran raros.

En el año 18, la sublevación de los Cejas Rojas (*Tch'emei*) impulsó una insurrección generalizada de campesinos con miles de bandas armadas. Se enfrentaron a las tropas de los Han así como a aquellas levantadas por aventureros con ansia de poder.

Liu Xiu, un comerciante y gran terrateniente, salió victorioso de la anarquía popular y se proclamó emperador de los Segundos Han (25-220). La dinastía se derrumbará bajo el surgimiento de la revuelta campesina provocada por una nueva grave crisis agraria.

### **Utopía libertaria y movimientos campesinos durante los Segundos Han (25-220)**

Las revueltas campesinas, en aquella época conducidas por dos organizaciones mesiánicas de inspiración taoísta, la T'aip'ingtao (*Comunidad religiosa de la Gran Paz*) y la Wuteumitao (*Comunidad religiosa de los Cinco Celemines de Arroz*), contribuyeron a la desintegración del Imperio de los Segundos Han en el siglo II.

En los años 170, tras las inundaciones del río Amarillo, los campesinos, sumergidos en la miseria más extrema, se agrupan en bandas errantes, roban y saquean. En las seis provincias situadas en los confines de Chantong y Hönan, se desarrolla el movimiento de la T'aip'ingtao, cuyo maestro, Tchang Kilo, se consagró al culto de Huang Lao, síntesis del mítico soberano Huangt'i y de Lao tseu divinizado. Su enseñanza se basa en los textos sagrados del *Taoteking*, Canon del Camino y de la Virtud, y en el *T'aip'ingking*, Canon de la Gran Paz, texto revelado al maestro taoísta Yu Ki a principios del siglo II.

La última obra, en la misma línea que el *Taoteking*, está basada en las teorías cosmogónicas del Yin Yang y de los Cinco Elementos, acompañadas de severas críticas contra las desigualdades sociales, el parasitismo de los poderosos y la discriminación de las mujeres.

Es natural que el conjunto de riquezas y productos de la naturaleza pertenezcan al Cielo, a la Tierra y al mundo, y alimenten al hombre... El hombre tiene el deber de vestirse y alimentarse a sí mismo por su propia fuerza... El hombre rico, que aparta a los pobres dejándolos morir de hambre y de frío, actúa contra el principio del Tao y como gran enemigo del hombre. Su crimen no tiene absolución posible (*T'aip'ingking*).

Estos nuevos pensamientos alimentan el sueño milenarista de los campesinos de instaurar bajo el cielo una humanidad sin ricos ni pobres, sin nobles ni villanos. La comunidad, organizada militarmente, cuenta, tras un decenio de expansión, con unos 300.000 adeptos.

Algunos grupos se reúnen a menudo durante algunos días para celebrar ceremonias, fiestas o ayunos purificadores. En el transcurso de estas asambleas, los adeptos se entregan a trances colectivos al ritmo de la música, a escenas de alborozo donde hombres y mujeres “unen su respiro”, realizando así la unión del Yin y el Yan y fortaleciendo los espíritus vitales. Como las enfermedades eran consideradas resultado de los pecados, los enfermos debían confesarse y ser aislados en salas de meditación, y se curaban absorbiendo las cenizas de ramas de carpe.

A los afiliados se les distribuyen amuletos guerreros en los equinoccios de primavera y otoño. Por todas partes, en las puertas de los edificios administrativos de las grandes ciudades amuralladas, de las provincias y de las encomiendas, aparecieron, pintados con tiza y como llamamiento a la subversión, los caracteres *kiatsen*, comienzo de un ciclo de una nueva era, el año 184, anunciando la muerte del antiguo Cielo Azur y la llegada del Cielo Amarillo y del triunfo de la gran felicidad.

Los afiliados a los cultos taoístas, considerados por el poder como “religión demoníaca” (*Kueitao*) opuesta a los cultos ortodoxos oficiales, son condenados a la pena de muerte. La tortura de un guía religioso y la ejecución de más de mil adeptos de la T'aip'ingtao en Luayang, la capital, precipitaron la insurrección en el transcurso de la segunda luna del año 184. Los insurgentes llevaban como símbolo de adhesión un turbante amarillo, color del Cielo Amarillo, por lo cual se les nombró Turbantes Amarillos o Rebeldes-hormigas a causa de su gran cantidad.

Se apoderaron de varias ciudades, centros de provincia de Chantong y de Hönan, a pesar de la resistencia de las tropas imperiales de Luayang. Los funcionarios huyeron o murieron. Los edificios administrativos fueron quemados. Se adueñaron de las ciudades de Chantong y de Hönan, en el año 185 ocuparon la región montañosa de Taihanshan (entre Chansi y Chantong); en el año 186, Chensi, Hopei y Leaotong; y en el año 188, Chansi. El patriarca Tchang Kilo y sus dos hermanos Tchang Pao y Tchang Leang murieron al empezar el combate y la represión imperial causó estragos, varios miles de insurgentes fueron asesinados. Aquello no impidió a los Turbantes Amarillos volver a sublevarse por cientos de miles en varias provincias. A pesar de su derrota, su influencia sigue presente.

### **La primera ciudad teocrática**

En la misma época se desarrolla en el valle de la Han la comunidad religiosa de los Cinco Celemines de Arroz (*Wuteumitao*) fundada por Tchang Taoling, que estudió el Tao en los montes K'euming. Los que lo seguían, para recibir su enseñanza, tenían que pagar cinco celemines de arroz. Se les puso el nombre de Rebeldes-arroz (*mitsei*). Tchang Lou, el nieto de Tchang Taoling, continuó la obra de su abuelo.



El Imperio, sacudido por los Turbantes Amarillos, quiso sumarse a Tchang Lou, pero éste mató al oficial de las fuerzas imperiales y se quedó con sus tropas. Se adueñó de la región y organizó una ciudad teocrática en el Seutch'uan y en el Sur de Tch'enseu, sin funcionarios, sin cárceles y sin propiedad individual.

A propósito de esta comunidad, las *Crónicas de los Tres Reinos* cuentan que:

Los novicios se llamaban Soldados-demonios (*Kueitsu*). Los iniciados al Tao y que seguían la fe se llamaban Encargados de las libaciones (*tsitsin*). Cada uno dirigía un grupo organizado. Todos enseñaban que se tiene que ser de buena fe, confiado y veraz. Los Encargados se ocupaban de los “albergues de equidad”, donde guardaban el arroz y colgaban la carne llamada de equidad. Los viajeros podían comer hasta saciarse. Si abusaban, los Espíritus del Tao los dejaban enfermos. No había prisiones, los que habían cometido una falta menor se empleaban a la reflexión durante cien pasos y así la falta quedaba absuelta. Los que habían cometido faltas graves, si reincidían tres veces, eran ejecutados. Ya no quedaban funcionarios, toda la “administración” era asunto de los Encargados de las libaciones. El pueblo (chino) y los aborígenes estaban muy satisfechos del régimen.

Otra obra, el *Tien Lo*, precisa que los Encargados de las libaciones no se ocupaban sólo de los albergues de equidad y

del bienestar material del pueblo, sino que también ayudaban a los adeptos a conocer el libro canónico de cinco mil palabras, el *Lao tseu* (*Taoteking*).

La ciudad teocrática fundada el año 190 por la comunidad religiosa de los Cinco Celemines de Arroz (*Wuteumitao*) durará treinta años. Desaparecerá con el torbellino de la anarquía guerrera, señalando el fin de la dinastía de los Segundos Han en el año 220 y la formación de los Tres Reinos (220-280).

El espíritu de revuelta de los Cinco Celemines de Arroz permanece vivo. En el año 399, Suen Ngen, afiliado a la comunidad (como su padre, originario de Chantong), recluta a sus fieles entre los marineros, pescadores y piratas de las costas de Tchekiang, y forma “ejércitos de demonios”. Su insurrección, iniciada en el año 400, llega a las costas y amenaza Nanking. Vencidos en el 402, numerosos insurgentes se rinden a suicidios colectivos.



En el siglo III, Ko Homg (253-333), el maestro taoísta alquimista, reproduce en su obra, *Pao pou tseu*, el tratado crítico de un cierto Pao Tsing yen, que pensaba que en los tiempos muy antiguos, cuando no había rey, el mundo estaba mejor que en el tiempo presente. Este primer anarquista libertario, apasionado lector del *Lao tseu* y del *Tchuang tseu*, evoca la edad de oro de las comunidades primitivas, y seguidamente aborda el terreno político y formula de manera concreta la lucha contra el absolutismo despótico.

Según los letrados confucianitas, el Cielo, cuando hizo nacer al pueblo, estableció a los reyes. ¡Cómo! ¿Habría el Cielo expresado así su voluntad? Los fuertes oprimen a los débiles y los débiles se someten. Los pícaros engañan a los necios y éstos se ponen a su servicio. La relación rey-siervo surgió porque hubo sumisión y como hubo servidumbre, el pueblo impotente fue dominado... El Cielo Azur nada tiene que ver con esto...

Obligar al pueblo a trabajar y a alimentar a los funcionarios es exprimir al pueblo para que los honorables ganen grandes salarios...

En los tiempos de la lejana antigüedad no había ni rey ni siervo. Para beber, simplemente se cavaban pozos; para alimentarse, se cultivaban los campos. Los hombres se activaban a la salida del sol y cuando el sol se ponía, descansaban... Despreocupados, eran libres; generosos, eran felices. No había ni lucha, ni agitación, ni honor ni vergüenza. En las montañas no había senderos, sobre los ríos no había ni barcos ni puentes, no había comunicación entre ríos ni entre valles. Nadie se apropiaba de lo ajeno. No había tropas ni soldados, pues nadie atacaba. No germinaba ni el poder ni el provecho, el desorden y las calamidades no tenían lugar. No se usaban ni escudos ni lanzas, no se construían fortalezas ni fosas. Los diez mil seres convivían en una igualdad trascendente y se sumían en el Tao (el Camino). Las enfermedades no se contagiaban y el pueblo terminaba su larga vida con una muerte natural. Los hombres tenían un corazón puro e inocente, los sentimientos de astucia no habían nacido. Teniendo de qué comer estaban contentos, se daban golpecitos en el vientre y se iban a

pasear. Sus palabras estaban desprovistas de florituras, sus actos carecían de ornamentos. ¿Cómo podrían haber sido posibles entonces las exacciones? ¿Cómo podrían haberse inventado las fosas y las trampas, y esos severos castigos?

Pero cuando se empleó la astucia y nació el artificio, como el Camino y la Virtud estaban en decadencia, la jerarquía fue establecida. Se multiplicaron los ritos de ascenso y de descenso, de disminución y de aumento; se adornaron los atuendos para los sacrificios, y los trajes de ofrendas al Cielo Azur y a la Tierra Amarilla. Se elevaron construcciones de tierra y madera hasta las nubes, se pintaron de rojo y verde hasta las vigas y las viguetas. Se removieron los precipicios en busca de piedras preciosas, se penetraron las minas en busca de perlas. Aunque el jade hubiera sido tan abundante como los árboles en el bosque, no hubiera bastado para satisfacer los caprichos de los hombres; y aunque hubieran acumulado montañas de oro, no hubieran bastado para sus gastos. Se abandonaron a la perversión y se apartaron del origen primero, de la esencia del Gran Comienzo... Cada vez más daban la espalda a la simplicidad original. Fabricaban armas puntiagudas y afiladas, eternizaban las calamidades de las usurpaciones y las invasiones. Su única preocupación era que las ballestas fueran lo bastante fuertes, los escudos lo bastante duros, las lanzas lo bastante afiladas, las defensas lo bastante sólidas.

En cambio, en los tiempos en que no había ni opresión ni violencia, estas preocupaciones estaban descartadas....

¿Por qué tiranos como Kie y Tcheou pueden quemar a hombres, masacrar a sus consejeros-censores, trocear los corazones y moler los huesos, agotar todas las posibilidades del mal...? ¿Cómo consiguen mostrar su

crueldad, dar cuerda suelta a su perversidad y trocear el Imperio como carniceros? Esto es debido a su condición real que les autoriza a hacer y deshacer a su gusto. Una vez establecida la relación rey-siervo, la obstinación de la multitud crece diariamente. Entonces es cuando el pueblo se rebela de su esclavitud, se queja de vivir entre el barro y el polvo, y el Soberano tiembla en lo alto de su templo ancestral y aplasta al pueblo en su miseria. Quisiera encerrarlo en los ritos y las reglas, corregirlo con castigos y penas. Como si tras haber hecho explotar marejadas terribles y provocar oleadas inmensas, quisiera calmarlo con un pellizco de tierra y contenerlo con un mero gesto de la mano.

Los pensadores taoístas cuestionan la desigualdad entre los humanos bajo el cielo de China, mientras entre los campesinos crece el espíritu de revuelta en época de crisis agraria. En el campo, la separación entre ricos y pobres agrava las tensiones sociales, y las insurrecciones campesinas son endémicas al largo de los años. En ciertos periodos (durante los Tang, siglos VII-VIII y los Song, siglo XII) el poder imperial tiene que proceder a la redistribución de tierras para restablecer una cierta paz social.

La gran insurrección campesina del año 993 en Seutch'uan, dirigida por los místicos Wang La Po y Li Chuen, se desencadenó precisamente con la consigna “nivelar ricos y pobres” (*Kiun p'in fou*).

En el año 1120, en Tchekiang, las requisas para la construcción del Palacio Imperial de K'aifong provocaron una breve insurrección dirigida por una sociedad budista secreta en la línea del espíritu subversivo taoísta. Los insurrectos, mal armados, estrictamente vegetarianos y que rendían culto a los demonios, masacraron a ricos, funcionarios y notables. Cuando, tras un año de combates, su jefe Fong La

fue capturado, escaparon de la represión suicidándose de forma colectiva.

Diez años más tarde, en 1130, se desencadena -siguiendo la tradición taoísta de los Cinco Celemines de Arroz- otra insurrección campesina en la región Tongt'ing, al sur de Hunan. Las exacciones de los funcionarios y los saqueos de un ejército medio oficial medio privado habían exasperado a los campesinos, la mayor parte de los cuales pertenecían a la secta taoísta animada por Tchong Siang. El patriarca, mago y jefe guerrero, declaró “perversas las leyes de los Song (la dinastía reinante)” y proclamó el famoso “nivelar nobles y villanos; igualar ricos y pobres”. Los insurrectos rechazaron cualquier signo del antiguo orden, “incendiaron los edificios administrativos, las ciudadelas y los mercados, las pagodas y los templos, las casas de los poderosos bandidos, masacraron a los funcionarios sin olvidarse de los letrados *ju* (confucianitas), monjes, curanderos, adivinos...”, es decir, todos aquellos que vivían sin trabajar y sin esforzarse para conseguir su arroz. Tchong Siang cayó a los treinta y cinco días de la insurrección. Sus discípulos continuaron la lucha con más de 400.000 fieles y arrasaron diecinueve distritos hasta el año 1134, cuando todos fueron masacrados.

Alrededor del año 1300, la dura explotación del poder mongol provoca la hostilidad cada vez mayor de las masas chinas dispuestas a sublevarse y a resistir al ocupante.

La oposición se cristaliza en las sociedades secretas prohibidas y perseguidas. Los adeptos de la secta budista del Lotus Blanco (*P'ailien*), la mayor parte de los campesinos pobres, se niegan a pagar los impuestos y a realizar los trabajos. Lo mismo ocurre con los afiliados a la secta de la Nube Blanca (*P'aiyun*) implantada al sur del curso inferior del río Yangtseu. Otros movimientos milenaristas, a la espera de la llegada del



Buda- Mesías, se sublevan en Hönan en el año 1335, en Hunan en 1337 y en Kuangtong y Seutch'uan en los años siguientes.

En 1351, la sublevación de los Turbantes Rojos (*Hongkin*), llamados así por su peinado, inaugura, tras las inundaciones, las grandes insurrecciones del bajo río Amarillo, movimientos que en los años siguientes se extienden a Anhuei.

Las revueltas campesinas provocan la caída de las dinastías o conducen a la creación de una nueva dinastía. En 1352, un joven monje de 24 años, Tchu Yuantchang, encabezando una tropa de insurrectos se apoderó de una pequeña ciudad del noreste de Anhuei . Aliado a los Turbantes Rojos consiguió eliminar a sus rivales y, finalmente, tomar Pekín. En 1368 pone fin a la dinastía mongol de los Yuan y funda la dinastía de los Ming.

Los disturbios sociales de los siglos XV y XVI tienen las mismas causas que los de las épocas precedentes. A partir del siglo X, se desarrolla una clase de colonos y de trabajadores agrícolas y aumenta el número de campesinos sin tierras, errantes y sin recursos. En las minas, la metalurgia, la cerámica, las fábricas de papel, la imprenta y las salinas trabaja una mano de obra en condiciones próximas a la esclavitud. Durante la gran rebelión dirigida por Tong Maotsi en 1448-1449 en los confines de Tchekiang y de Fukien, los campesinos insurrectos se alían a los obreros de las minas de plata sublevados, dirigidos por Ye Tsongliu. La conquista de pueblos y ciudades permite tomar los depósitos de armas y el alzamiento se convierte en un movimiento revolucionario. La represión causa la muerte o la expulsión de un millón de personas. En 1476 se repite el mismo fenómeno, y en 1565 estallan las insurrecciones de los mineros clandestinos en las regiones montañosas situadas entre Tchekiang, Anhuei y Kiangsi.

En el siglo XVII, al final de la dinastía de los Ming, un antiguo soldado, Tchang Siantchong, encabezando la plebe,

hace masacrar a los propietarios ricos, a los notables y a los funcionarios del Imperio, libera a todos los esclavos y se proclama rey en Tch'engtu, capital de Seutch'uan. Cae en el combate de 1646, tras haberse adueñado del valle del río Azul y de Seutch'uan durante dos años.

Bajo el último reinado de los Mandchús, las grandes insurrecciones de los miserables agrupados en la sociedad secreta del Lotus Blanco estallan en los años 1780 y no se apagarán hasta 1803.



Al alborear el siglo XIX, China tiene aún una estructura económica, política y social medieval. La invasión de las potencias imperialistas occidentales en China deja el imperio en un estado semicolonial. El poder de la dinastía de los Mandchús, en decadencia a causa de una serie de tratados impuestos a cañonazos (las guerras del opio de 1842, 1857), abre los puertos, primero a las potencias franco-británicas y luego a las otras potencias, los exime de los derechos de aduana y les proporciona concesiones en varias ciudades, enclaves en tierra china que escapan a las autoridades del gobierno de Pekín. Se legaliza el comercio del opio. Los vencedores imponen fuertes indemnizaciones de guerra a China. Los barcos extranjeros pueden circular libremente por los ríos del país. El gobierno de Pekín queda sometido completamente después de 1860, fecha del saqueo e incendio del célebre Palacio de verano llevada a cabo por la soldadesca del cuerpo expedicionario franco-británico al entrar en la capital.

Con la llegada de las potencias imperialistas, nace una nueva clase, germen de la burguesía china, la de los compradores, agentes del capital extranjero en la explotación de masas. Las

explosiones de desespero de los campesinos estallan en insurrecciones, levantamientos y revueltas campesinas, la más importante de las cuales fue la de los T'aip'ing.

La tendencia igualitarista y comunitaria que había inspirado (en un contexto histórico diferente) la gran insurrección de los Turbantes Amarillos, y de los Cinco Celemines de Arroz en el siglo II, revive en la revolución de los T'aip'ing.

### **El reino celeste de los T'aip'ing (*T'aip'ing T'ien K'ouo 1851-1864*)**

En la primera mitad del siglo XIX, una revuelta campesina estalla en el norte de China, guiada por las sectas budistas del Lotus Blanco y del Orden Celeste. La piratería causa estragos sobre las costas de Luangtong, Fukien y Tchekiang. El sur de China es escenario de levantamientos esporádicos de campesinos agitados por las organizaciones clandestinas afiliadas a la Sociedad de la Triada (Sanhohuei), otro manera de llamar a la Sociedad del Cielo y de la Tierra (T'ientihuei).

En el centro de China, en la misma época, en las provincias de Kuangsi y Kuangtong, del Medio y Bajo Yangtse, nace la Asociación de Adoradores de Dios (Paichangt'ihuei), en el seno de miles de campesinos aplastados bajo el yugo de los terratenientes, la rapacidad de los usureros y las exacciones de los mandarines. En su profundo desespero los campesinos miran hacia el Cielo. Los “Adoradores de Dios”, inspirados por el cristianismo, retoman el nombre de T'aip'ing (Gran Paz) siguiendo la tradición de la comunidad taoísta de los Turbantes Amarillos del s. II. Los dos movimientos, aunque nacidos en contextos históricos diferentes, persiguen el mismo fin, realizar la utopía de la Gran Paz, una sociedad “sin ricos ni pobres”, el retorno a la era de la felicidad, a la mítica edad de oro desaparecida.

Encabezando a los T'aip'ing se encuentra Hong Siutch'uan (1813-1864), un iluminado descendiente de la minoría china Hakka, convertido al cristianismo bajo la influencia de los misioneros protestantes. Se cree el hermano pequeño de Jesucristo y el mesías encargado de salvar al mundo. La depresión económica y el hambre de 1849 hacen que la Asociación de los Adoradores de Dios se desarrolle rápidamente. En dos o tres años cuenta con 30.000 afiliados. Entre los adeptos se encuentran la mayoría de campesinos pobres, así como 3.000 mineros carboneros, un gran número de los 10.000 transportistas en paro en la carretera que va desde Canton hasta el valle de la Siang en Hunan, miles de desertores del ejército imperial, forajidos y aborígenes de las provincias de Kuangtong y Kuangsi. Intelectuales chinos, miembros de la pequeña nobleza desposeída de sus tierras se unen a las filas. Los Adoradores de Dios se fusionan con las sociedades secretas antimandchúes.

La insurrección se desencadena en 1850 en el Kuangsi oriental, en el pueblo de Kint'ients'uen, una localidad de los alrededores del Kik'ingtchan, Montes de los Cardos, donde se estableció el cuartel general de la Asociación de los Adoradores de Dios. El movimiento, fundamentalmente campesino, tiende a eliminar a los terratenientes y a los mandarines que representan el poder imperial de los Mandchús, objeto de la hostilidad general de los chinos.

En 1851, Hong Siutch'uang se proclama Rey del Cielo (*t'ienwang*) y fundador del Reino del Cielo de la Gran Paz. Confiere a sus ministros y jefes del ejército los títulos de rey segundo, rey del este, del oeste, del sur y del norte, entre los cuales se encuentra Yang Sieuk'ing, organizador y estratega de gran genio, y Che Tak'ai, general de gran talento.

El año siguiente, los T'aip'ing ocupan el noreste de Kuangsi, el suroeste del Hnan, luego avanzan hacia Tchangcha, y llegan





Recorrido de los ejércitos T'aip'ing, (1851-1853)

a las regiones situadas al sureste de Nanking. Toman Nanking en 1853 tras dieciséis meses de combates encarnizados contra las fuerzas imperiales de los Mandchús. Nanking, rebautizada Capital del Cielo (T'ienking) será el centro político del Reino Celeste hasta su caída en 1864. El ejército T'aip'ing, para extender el reino, emprende la conquista del Bajo-Yangtse, se aventura hacia el norte hasta la región de T'ientsin, y amenaza

Pekín. Obligados a retirarse por el frío y el hambre, son derrotados en la región de Chantong en 1855.

El primer acto de rebelión de los T'aip'ing es la abolición del peinado de trenzas, considerado por ellos como un signo de sumisión impuesta por los Mandchús reinantes. Los T'aip'ing llevan el pelo largo, por eso sus enemigos los tratan de “bandidos de pelo largo” (*tch'angmaofei*). Tras constituir su Estado teocrático, los T'aip'ing proceden a la confiscación y a la repartición de tierras entre los que están en la edad de cultivarlas a título precario inspirándose del sistema antiguo de los campos cuadrados repartidos en 9 porciones iguales, colocados como los trazos del carácter # que es el signo de los pozos (*tsingt'ien*), haciendo un “reparto igual de tierras”, un reparto colectivo.

Las mujeres reciben una parte de tierra igual que los hombres. La ley agraria de los T'aip'ing refleja el colectivismo agrario primitivo de los tiempos de antaño: “Si hay tierra la trabajamos juntos. Los habitantes del Imperio Celeste no poseen ningún bien propio, todo está a la disposición del soberano supremo que repartió los objetos y los productos de manera igual entre todos los habitantes del Imperio Celeste, de tal modo que cada uno coma hasta saciarse y no pase frío...”

Una vez abolida la propiedad territorial y suprimido el comercio privado, la colectividad asegura a cada uno la satisfacción de las necesidades indispensables. Los T'aip'ing tienden hacia la igualdad absoluta de los sexos, condenan el adulterio y la prostitución, y prohíben el vendaje de los pies de las niñas (práctica expandida a partir de los Song). Las mujeres gozan de un estado civil igual al de los hombres y forman ejércitos exclusivamente femeninos.



El Rey del Cielo, bajo el impulso de su primo Hong Jenk'an (1822-1864), se volcó en un programa de modernización (construcción de los ferrocarriles, desarrollo de las ciencias y técnicas...)

Los T'aip'ing intentaron ponerse de acuerdo con los extranjeros para el libre intercambio de mercancías y la supresión del comercio del opio. El Rey del Cielo calca su monarquía de la antigua y se rodea de una Corte en Nanking. Para reclutar a los funcionarios los exámenes imperiales basados en la Biblia reemplazan a los clásicos confucenses. Rápidamente se desarrolla una aristocracia que se asegura los privilegios. El programa de modernización queda en letra muerta. El poder corrompe.

En 1860 la Corte de los Mandchús activa la reconquista del territorio apoyándose en dos hombres de Estado chinos, Tseng Kuo-fen, que representa los intereses de los terratenientes chinos, y Li Hong-chang, líder de los burgueses compradores chinos. Estos dos asesinos organizan y dirigen la guerra contra los T'aip'ing con la ayuda considerable de mercenarios y de material de las potencias occidentales. Los ejércitos imperiales se encuentran con una resistencia encarnizada de los T'aip'ing. En 1864, cae Nanking. Hong Siutch'uan, el Rey del Cielo, se suicida. La represión causará un millón de muertos. Los ejércitos de los T'aip'ing continúan luchando dos años más en Fu-Kien, algunos pasan a Formosa, otros a Tonkin (Vietnam del Norte), donde, bajo el nombre de Banderas Negras, luchan valientemente contra las tropas de la conquista colonial francesa.

Los T'aip'ing, que engloban en su movimiento a las provincias más pobladas del centro y del sur de China, derrotan a los ejércitos imperiales durante trece años, desde 1851 hasta 1864.

Su proyecto de instalar una comunidad mística e igualitaria está en consonancia con la utopía que había alimentado las insurrecciones y las revueltas campesinas desde la Edad Media china hasta los tiempos modernos. El movimiento de los T'ai'ping aparece como prólogo de la Revolución China de 1925-1927.

Pero tras la trágica derrota de ésta, la última revuelta campesina, bajo la dirección y la autoridad del partido maoísta, lleva al poder al emperador Mao Tsé-tung.

En China, como en Occidente, la utopía, que estuvo tan fuertemente arraigada en los desposeídos, procede de un saber popular de la emancipación que es importante recordar, antes de que desaparezca en las sinuosas y brutales adaptaciones de la modernidad económica que lleva el lastre de las coacciones de los tiempos pasados.

Ngo Van

20 de Julio de 2004



